251

RELACION

AL CONFLICTO QUE EXPERIMENTA LA M. N. Y LEAL

CIUDAD DE CADIZ.

¿Quién eres, hermosa Dama,
Que con llantos y gemidos,
Esparciendo al ayre quexas,
Penetras con tus suspiros
A la celestial esfera?
¿Quién eres, bello prodigio,
Que tus luces ofuscadas,
Y ya perdidos tus brillos,
Eres el funesto blanco
Donde terminan los tiros
De un impulso superior,
Y de tu castigo aviso?
¿Quién eres, Ciudad brillante,
Que sometida al dominio
Del Español Pabellon,
En el último exterminio
Llego á mirar tu belleza,
Siendo catástrofe fixo
El mas triste y lamentable
Y obgeto el mas dolorido,
Que la humana comprehension
De quanto viviente admiro.

Registra con sentimiento,
Pena, y sufre con martirio?
¿No eras mapa de las modas,
El mas precioso obelisco
De nuestro Español imperio?
Pero ¡ay de tí! qué ya miro
Que estás sufriendo el azote,
Con que el Hacedor Divino
Castiga tu desenfreno!
No en vano así lo predixo
Un hijo tuyo, que ansioso
De evitarte este peligro,
A voces preconizaba
En sus sermones con gritos
Tu lamentable desgracia.
¿De qué sus santos avisos
Te sirvieron, bello Pueblo?
Dime pues ¿qué has conseguido
Con tu luxo exhorbitante,
Con paseos, exquisitos
Banquetes, funciones régias,
Con que pusiste atrevido
El vil modelo á la Europa
De un fantástico delirio?
¿Qué has conseguido? Tu ruina,
Y verte en el compromiso
Mayor que se vió Ciudad,
Atacada de un maligno,
Fatal y fiero contagio,
Siendo en fin, si no ludibrio,
Escándalo de indevotos,
Y corazones impios,
Piedra de toque al dolor,
Y centro del parasismo.
¡Ay de tí, noble Ciudad!
Con qué dolor lo repito:
¡Ay de tí, Cadiz amada!:::
¿Pero qué es lo que yo digo?
No eres Cadiz, no eres Cadiz;
Pues solo eres un abismo
De infelicidades, males,
Penas, desgracias, martirios,
De acerbos dolores, ayes,
De fatigas y suspiros.
Ya en tus plazas no se oyen
Sino acentos doloridos,
Siendo escena desgraciada
El que era plausible sitio.
Ya tus calles asoladas,
Tus casas, tus edificios
Son solo espantosos senos,
Y son páramos sombrios,
Desiertos inhabitables,
Donde á sus tristes vecinos
Con segur violenta corta
La parca su vital hilo.
Todo es confusion y asombro,
Todo espantoso ruido.
No hay quien pueda precaverse
De este fiero mal nocivo.
Ni el comerciante, ni el pobre,
Ni el artesano, ni el rico,
Ni el mendigo, ni los Jueces,
Ni los Ministros de Cristo,
Ni las Monjas, ni el soldado,
Ni el marinero. ¡O Dios mio!
Todos sufren igualmente
De esta fiebre los peligros,
Y á la parca inexôrable
Se miran todos rendidos.
Los Físicos se atribulan
Sin poder hallar alivio
A este contagio: ¡qué mucho,
Quando ellos sufren lo mismo!
El marido á la consorte
No puede asistirla fino,
Pues está temiendo el riesgo,
Quando ya él amago ha visto.
No mira el padre á la hija,
Ni la madre arrulla al hijo,
Ni el hijo obediente al padre
Le socorre compasivo,
Pues aun le falta el valor
En medio de su conflicto.
Los vivos lloran los muertos
En sus ansias sumergidos,
Sintiendo asimismo verse
Como los muertos los vivos.
Aquellos tiernos infantes,
De amparo destituidos,
Huérfanos ya, sin consuelo,
Por los mas públicos sitios
Andan pidiendo limosna,
De su indigencia impelidos.
Las Parroquias no celebran
Aquellos actos precisos,
Manifestando en sus dobles
Los mas funestos tañidos.
No hay quien las campanas toque,
Ni quien haga sacrificios,
Ni quien enfermos asista,
Ni quien dé humanos arbitrios,
Ni quien cure, ni que entierre,
Pues que mueren infinitos.
Bóbedas, ni sepulturas,
Ni panteones, ni nichos
Pueden guardar tantos cuerpos
De tantos que han fallecido,
Dia que mueren doscientos
En tan pequeño distrito;
A fosas y cementerios
Tanto al pobre como al rico
Los conducen igualmente,
No con entierros lucidos,
Con aparatos pomposos,
Y acompañamientos dignos,
Sí en carros unos sobre otros;
Pues en este compromiso
No se observan distinciones,
Quando el daño es uno mismo.
Son efectos de una causa,
Son de Dios altos juicios.
Ya las artes laboriosas
No operan en sus oficios,
Sus casas todas cerradas,
Y sí abiertos y partidos
Sus sensibles corazones,
Entregados á un abismo
De sentimientos vehementes:
Los clamores, los gemidos
Penetran el firmamento,
E imploran de un Dios su auxîlio,
su piedad y su clemencia
Contritos y arrepentidos.
No con gala en los paseos,
Sí con ásperos silicios
Vestidos de penitencia
Manifiestan lo excesivo,
Lo fuerte de sus dolores,
De su pena lo exquisito.
Las músicas son clamores,
Los bayles son pasos tibios,
Los cantares son lamentos,
Los paseos son retiros,
La soberbia es humildad,
Vueltos en virtud los vicios.
Aquellos torpes excesos
Del sensual apetito,

Se transforman en azotes,
Y los *Teatros* que han sido
Estímulo del deleyte,
Son desengaños, que al vivo
Representan de esta escena
El doloroso conflicto.
Vuelvo pues, bella Ciudad,
Vuelvo otra vez al principio:
¿Quién eres, hermosa Dama?
¡Todo tu color perdido!
¿Eres Cadiz? no eres Cadiz,
Sí confuso laberinto;
Y pues has dado modelo
En las modas, tus avisos
Sean dechado al viviente,
Que admirando tu peligro,
Vean de este claro espejo
Su cristal denso y partido,
Y en tu cabeza escarmienten
Los malos y libertinos.
Aquella inmensa paciencia
Del Hacedor infinito
Se ha cansado de las culpas
En que el hombre ha delinquido.
Exclama, noble Ciudad,
Exclama ahora conmigo:
Misericordia, mi Dios:
Piedad, piedad, Criador mio;
A vuestros sagrados pies
Humilde, Señor, me rindo.
No mas luxo, Dios amado,
No mas modas. Mis sentidos,
Mis potencias, mis acciones,
Diríjanse á tu servicio:
Piedad. Ya conozco el yerro,
Y mis vicios los corrijo.
Sean mis versos suficientes
A mover mis compatricios,
Que empleen sus corazones
Con afectos muy rendidos
En pedir á Dios por ti
En tan acerbo conflicto,
A que sus iras aplaque,
A que nos dé sus auxîlios:
Que así como experimentas,
Bella Cadiz, el castigo,
Valencia, mi patrio suelo,
Temerse puede lo mismo.
Y pues el amago vemos,
¿Qué corazon diamantino
Se hace inflexîble al dolor,
Y reverente, contrito,
No dice: Señor piedad:
Misericordia, Dios mio?

Con licencia: En la Imprenta del Diario.